

es en sí misma un acto de intervencion que tiene que sufrir el partido conservador que á ella apeló. No es un favor al partido liberal, puesto que el simulacro del gobierno del titulado jefe supremo, no ha sido más que la demostracion palpable de la impotencia y nulidad del partido latino, y no hubiera existido ni un día, si no hubiera brotado de entre los equipajes del ejército invasor. La destitucion de Almonte no es en fin, más que una prueba de la versatilidad de Napoleón, que quema hoy lo que ántes adoraba, y que camina sin plan en la cuestion de México.

Forey, que pretende venir como árbitro supremo entre nuestros partidos políticos, y que promete no proteger á ninguno de ellos, mantiene sin embargo á su lado y entre sus filas á los varones de espíritu fuerte que han traicionado á su patria, y que no son más que salteadores y asesinos.

Esta contradiccion es augurio de otras mil supercherías. ¿Qué libertad ha de haber en las elecciones de Ayuntamiento? ¿No es creíble que se guarde á Almonte, para hacerlo aparecer como candidato triunfante en las elecciones convocadas por Forey, cuando haya tomado la capital? ¿Ignoramos acaso cómo se juega en Francia al sufragio universal, y cómo se jugó en Nizza y Saboya, para su anexion al imperio?

Lo repetimos, contra las verdaderas intenciones del emperador, cuyo heraldo ha sido Forey, no tenemos más arbitrio que la guerra.

Si lo verdadero es lo explicado por el *Esprit public*, estas explicaciones ilustran más y más la conciencia del pueblo mexicano, le hacen ver que Napoleón no tiene ni el menor pretexto de justicia para ser nuestro enemigo, y le revelan su grandioso designio de convertir á México en Algeria americana, en colonia francesa explotada, esquilada y oprimida por el soldado y el colono, sólo porque tiene que parodiar á Luis XIV, y por quién sabe qué cuestiones metafísicas entre las razas latina, anglo-sajona y greco-slava, y por quién sabe qué controversias teológicas entre galicanos y ultramontanos!

Al derecho de conquista proclamado como en los tiempos de Tamerlán ó de Darío, ¿qué hay que contestar si no la guerra defensiva y enérgica que se hace por los pueblos libres á los invasores y á los piratas en grande escala? Para que no se nos trate como á las tribus del Africa, pa-

ra que no volvamos á ser vasallos de una potencia europea, no nos queda más arbitrio que la guerra. El pueblo que luchó once años para hacerse independiente de España, cuya dominacion estaba arraigada por el trascurso de tres siglos, no se dejará arrebatar en una batalla su independencia para ser una nueva Algeria.

Sea cierto el proyecto revelado por Forey, séalo el explicado por Castilla, México no tiene más recurso que la guerra hasta que su enemigo vuelva al terreno de los tratados, ó hasta sucumbir con gloria, sin que de su derrota derive el invasor ningun derecho que no sea el de la más escandalosa usurpacion.

Para hacer la guerra no debe omitirse ningun esfuerzo, y se necesita redoblar la actividad y el entusiasmo para improvisar ejércitos y atender á su subsistencia. Esta es la primera y más preferente atencion del país, si ha de mostrarse digno de ser libre é independiente. Sobre todo, no debe intimidarse ante la nueva actitud que toma la Francia, actitud que es un insulto y una amenaza al mundo entero.

Tenemos confianza en el éxito de la contienda que solos habremos de sostener, luchando no sólo por nuestra independencia, sino por los principios universales de la justicia, de la civilizacion y de la libertad.

Más de una vez hemos dicho que no esperamos auxilio material de ninguna otra nacion, aunque vamos á combatir por la libertad y por los derechos de todos los pueblos. Sin embargo, no por nuestro interés, sino por los del mundo, al mismo tiempo que obren las armas, creemos que deberá obrar la diplomacia, no en el sentido que le da Mr. Castilla, sino con un fin claro y bien determinado. El aislamiento en que ha quedado la Francia, la engrandecerá ó nó, esto nos importa poco pero demuestra que no creen justa su empresa las otras dos potencias signatarias de la convencion de Lóndres. Convendría, pues, en nuestro concepto, aclarar nuestra situacion con respecto á Inglaterra y España, averiguar de un modo terminante si se conforman con que Forey diga que viene á defender los intereses comunes de la triple alianza, y si están ó nó dispuestas á cumplir como á sus intereses conviene con los preliminares de la Soledad. Si al Francia los violó, no tiene derecho á exigir que otras potencias cometan el mismo atentado, y así es incomprendible que ni el gabinete de Lóndres, ni el de Madrid, hayan dado ningun paso hácia el terreno

de los tratados en que ofrecieron colocarle para arreglar sus cuestiones pendientes con nosotros.

Con respecto á los Estados Unidos, es preciso llamar la atencion sobre la contra de la doctrina Monroe que pretende traer á América la Francia, despues de fomentar las disensiones civiles de la patria de Washington. Los Estados Unidos están obligados, por su honra, por sus antecedentes históricos y por sus intereses, á no permanecer impasibles ante la nueva actitud que acaba de tomar la Francia.

Todas las Repúblicas hispano-americanas están amenazadas desde que comenzó la cuestion mexicana; sobre todas se harán pesar exageradas reclamaciones; para todas se pensó en tronos de príncipes extranjeros; todas caben en el mapa de la nueva Algeria. En el continente entero el espíritu público comprende bien que la suerte de México importa á los pueblos sus hermanos, y hay vivas simpatías para nuestra causa. Pero es tiempo ya de que las ideas y los sentimientos produzcan algo en la práctica.

Ante esta nueva actitud de la Francia que tan ampliamente se dibuja en la historia contemporánea, nuestro primer recurso es la guerra, la guerra intransigible y tenaz, pero con la guerra puede combinarse el esfuerzo de la diplomacia en América. No hay que circunscribir la contienda á sólo nuestros intereses, ella afecta al mundo entero, y nosotros al luchar, debemos tambien, por servir á la humanidad, advertir á los pueblos el peligro que corren, si el emperador de los franceses llegara á extinguir nuestra nacionalidad.

FRANCISCO ZARCO.

## LA GUERRA NACIONAL Y LA REVOLUCION.

### I.

La guerra nacional ha comenzado. Dentro de pocos dias los invasores avanzarán sobre nuestros primeros puestos, y volverá á tronar el cañon como en los dias memorables de Mayo. Un ejército poderoso va á adelantarse al interior del país vomitando por todas partes la destruccion y la muerte. ¡Nuevos combates, nueva sangre, nuevos horrores!

Y sin embargo, no se sabe todavía cuál es la causa de esa guerra. Es una furia

desencadenada que destruye cuanto halla á su paso, que tala, que quema, que despedaza, sin que sea posible contenerla. Es el rayo que cae de improviso sobre el árbol de la paz, reverdeciente apenas, y lo desgaja y lo marchita.

No comprendemos esa guerra. La rechazan la justicia y el buen sentido. Cuando México, sofocada por las guerras civiles, acerca sus labios secos al límpido raudal de la paz, halla que se ha convertido en sangre, como las aguas del Egipto. No comprendemos esa guerra. Comprendemos sí, que se recurra á la guerra en el último extremo; comprendemos que la sangre sea la última satisfaccion de las naciones, y que se recurra á la conferencia de las armas, cuando no basten las conferencias de los hombres; pero se nos hace imposible que el fuego sea la primera razon de un gobierno, y que veinte mil soldados franceses en el territorio de la República, sean la primera reclamacion de Francia. Admitimos como una necesidad triste de la época esos *juicios de Dios* entre los pueblos, ménos disculpables que entre los individuos, y hemos visto decidirse las cuestiones internacionales en el tribunal de la fuerza, despues de haber pasado por el tribunal de la razon. El estampido de los cañones es la última palabra de los pueblos; pero no la primera. Y si la guerra es el último extremo de la razon, ¿cuál será el último extremo de la guerra? Si esa fuerza, que puede llamarse la gravitacion de la sangre, atrae toda desavenencia á la guerra, y toda guerra al honor; si por una progresion incalculable pasamos de la calma de una disputa razonada á la violencia de una amenaza, y de ésta al ardor de una batalla, ¿cuál podrá ser el efecto de aquella fuerza que va á obrar más enérgicamente, de esta progresion que crecerá quién sabe hasta dónde? Si el pedruzco de las ruinas de un pueblo, es el dólmen por el que ha de correr la sangre ofrecida á la paz en otro pueblo, ¿cuánta sangre deberá ofrecerse entre Francia y México?

Esa cuestion traída desde luego al campo de batalla, esa conferencia de dos ejércitos en que las razones son las armas; los argumentos, cambio de frente y evoluciones, y en las que los cañones son los intérpretes de los pueblos; esa conferencia en que se habla el lenguaje de la artillería y de las bayonetas, y en la que caen por tierra no razones sino cadáveres, ¿podrá tener un desenlace favorable? La espada, esa razon de acero triunfará allí, porque es la más dura de las razones. La justicia

triunfará á su vez, en esa batalla más solemne que se da en el campo de la inteligencia; en esa batalla en que combaten todos los talentos, en que se habla el acento de la verdad, más atronador y más sublime que el de los cañones; en ese combate, del que no brota sangre sino luz, que no se mancha con las lágrimas de la humanidad, sino que se glorifica con sus aplausos. Allí la razón, esa espada de Antico, que hiere de muerte á sus adversarios, triunfará, porque en ese combate la razón es la más dura de las espadas.

Si la guerra es justa, es necesaria, porque nada hay más necesario que la justicia. La justicia es el para-rayo de las sociedades modernas; provoca las guerras para anonadarlas y libertarnos de ellas. Es como el sol de la época actual: derrama su luz sobre todos, y á todos favorece; pero le ofende, y hace bajar la vista al que se atreve á mirarlo de frente.

¿Cuál será el término de esta guerra? Nadie puede preverlo. Pero en él, el triunfo será de la justicia y del buen derecho. La justicia saldrá pura de entre la sangre, porque la sangre que se derrame por ella, no puede mancharla. Manchad la tierra con sangre y con lodo; ni una mancha podrá llegar al cielo.

## II.

Los partidos políticos de la República se disputaban el poder. Partidos de personalidades más bien que de ideas, no anhelaban sino por la encumbración de tal ó cual entidad al primero y á los primeros puestos del país. Como las legiones romanas llevaban en sus banderas los retratos de sus emperadores, los partidos políticos de México llevaban en las suyas los de sus candidatos. El partido yorkino y el escocés,—el federal y el centralista—el liberal y el reaccionario, continuaron así su movimiento incesante, empujando unas veces al partido contrario ó siendo empujados por él. Aquel era el movimiento de una rueda, en el que alternativamente están abajo y arriba sus diversas partes, y aquel movimiento se perpetuaba con más ó menos fuerza, según el prestigio de las personalidades que lo determinaban.

Hasta en sus aspiraciones y en su modo de obrar, los dos partidos eran las dos mitades de un mismo círculo; iguales, pero contrarias. Sus elementos eran casi los mismos, y si el uno tenía el temor de la derrota, el otro tenía el temor de la victoria. El partido del pasado se refugiaba

entre cadáveres, y el partido del porvenir se detenía ante ellos. El partido del pasado combatía con sus recuerdos, el del porvenir con sus esperanzas. Aquel movimiento era un movimiento sin avance, un movimiento al derredor de un eje, una fuerza muerta que se hacía viva para volver á morir. La vitalidad nacional se perdía sin fruto; había necesidad de marchar, y no se marchaba; se quería un porvenir, pero no se podía abandonar un pasado, y se quería avanzar de espaldas para no perder de vista instituciones que de todos modos se alejaban. Esa veneración á épocas anteriores, ese misticismo solemne que rodea un sepulcro, esa especie de religión del pasado existía como un sentimiento en casi todos los corazones; y para éstos, separarse de ese pasado, era un sacrilegio. Creían que entre el pasado y el presente, el presente y el porvenir, existía una fuerza perpétua, una presión que á la larga, haría tomar al presente la forma del pasado, y á éste la del presente.

No comprenden que esa fuerza modifica y cambia; y que produce una especie de vegetación intelectual que hace obtener del tronco del pasado, las hojas del presente y las flores del porvenir. Para nosotros entre él, lo que pasó, lo que pasa y lo que pasará hay unión, sí, pero una unión progresiva, una fuerza de adelanto y de aumento como la hay del uno al dos, del dos al tres. Bajo este respecto, uno es el pasado de *dos*, y tres su porvenir.

Pero los partidos políticos no tenían esa creencia. Luchaban; y cuando sólo se lucha, no se reflexiona. Cada partido se encerraba en sus pretensiones personales y no políticas; cada uno tenía el prestigio de sus partidarios y no de sus ideas; y cada uno quería avanzar sobre el otro, pero temía dar el primer paso. El uno quería oscuridad, el otro el relámpago; para uno el centralismo absoluto era un sueño pesado; para el otro la federación era un delirio; para aquel la opresión era poco; para éste la libertad era muchísimo. El uno quería *uno*, el otro quería *tres*. De aquí nació un tercer partido. El partido moderado, duda y vacilación de todo partido, llegó á ser entonces el centro de equilibrio de aquella rueda que formaron los partidos opuestos, y vino á colocarse entre ambos como se coloca la duda después de la mentira y antes de la verdad. Aquel era de todos modos un adelanto; pero el partido moderado, lógico y consecuente en la época de la inacción, era absurdo é imposible desde que comenzara el movimien-

to. Era un partido nulo en sus ideas, nulo en sus pretensiones, porque era un término medio entre dos pretensiones opuestas é iguales, y ese término medio es en rigor la nada.

Por fin, el movimiento de avance cenzó. La rueda política salió de su centro, y el movimiento de rotación se combinó con el de traslación. Entonces los partidos políticos comenzaron á transformarse; y la rueda de la revolución fué marcando como la del carro del sol, un camino de luz, y dejaba en las tinieblas todo lo que se encontraba detrás. El partido del pasado estaba unido al pasado con una fuerza inmensa; pero el iman del porvenir era más fuerte. Esa combinación determinó aquel movimiento. Desde entonces quedaron en las tinieblas el gobierno colonial y sus costumbres; se perdieron los recuerdos de monarquía y de inquisición, de privilegios y de fueros; se estableció el camino del absurdo á la utopía, y se consiguió la verdadera transacción entre el pasado y el porvenir, cuya transacción constituye el presente. Entre dos fuerzas iguales la transacción es el equilibrio; entre dos desiguales, la transacción es el movimiento. Así, pues, aquellos partidos fijos cada uno en su programa que veían á lo lejos, uno derramaba lágrimas por sus ideas que se morían, el otro aplaudía y vitoreaba sus ideas, no nacidas aún.

Sólo el partido moderado quería ser todavía la fuerza centrípeta de aquel movimiento comprensible, pero no imaginable. Aspiraba al equilibrio dinámico como había aspirado al estático; pero era muy débil y muy pequeño para lograrlo. No tenía más que influencia y prestigio de personalidades; y nada valen éstas contra el prestigio y la influencia de las ideas. Quería encontrar el término entre la convergencia y la divergencia; y ese paralelismo teórico é infinitésimo no podía realizarse en el movimiento de la revolución. La revolución quería pueblos, quería mundos para su movimiento, y no podía detenerse en puntos ni en elementos teóricos. De suerte que para el partido moderado, aquel movimiento es un movimiento que deslumbra y embriaga; y para él la revolución iba á estrellarse en la utopía ó á volver por la reacción al absurdo. No sabe que de lejos todas las cosas cambian; y que tal vez un árbol que nos convida con su ramaje, nos parece un enemigo que nos amenaza con sus armas. Una utopía era en tiempo de los patricios y de los plebeyos de Roma, de los ciudadanos y de los ilotas de Es-

parta, la igualdad social; y la igualdad social se realiza en el presente siglo. Todas las revoluciones han sido utópicas para sus enemigos, y todas las revoluciones han respondido con adelantos. Era una utopía la situación central del sol y el movimiento de la tierra, y así se verifica; era un delirio la muerte de un Dios por el hombre, y Jesucristo la realiza; era una locura encontrar un nuevo mundo, y Colón lo halla; era una impostura el poder caminar doce leguas en una hora, y el silbido de los ferrocarriles se deja oír hasta en los sepulcros de los que no creen en la potencia del vapor.

El partido moderado no resistió aquel movimiento. Tuvo que dispersarse, y fué arrojado hasta el perímetro de aquel círculo de dos colores á engrosar uno ú otro partido. El moderado no existía ya en la revolución.

La lucha de los que quedaban era, si podemos decirlo, una lucha más espiritual y más grandiosa. Había dejado á los hombres para elevarse á las ideas.

## III.

Tales eran los elementos de la revolución actual. Los dos partidos, las dos fuerzas que habían determinado el prematuro movimiento, seguían obrando: con energía creciente la una, con una resistencia decadente la otra. Aquella era siempre una lucha sangrienta y dolorosa, porque el único peso que puede hacer mover la rueda política es el de la sangre. Pero la sangre nueva y vigorosa del partido joven, salía de sus venas para ser reemplazada por otra más vigorosa aún y más fuerte, como sucede siempre á una sangre robusta; mientras que la sangre delgada y sin fuerza del partido viejo iba debilitándose más y más, como la sangre anémica. El partido joven compraba con sangre fuerza; con una vida, cien vidas; y su adversario compraba con su sangre debilidad, con una muerte cien muertes.

Sin embargo, la guerra tiene también su inercia, y no era posible contenerse. La rueda política seguía su movimiento más veloz cada vez, salpicándolo todo de sangre, como lo salpica de agua una rueda que se mueve en el agua. Pero el partido joven tenía los ojos abiertos, como quien quiere gozar de una vista grandiosa; y el partido viejo los tenía cerrados, como quien se resigna á pasar por un riesgo, pero que evita toda visión, como si el peligro tuviera una figura repugnante y terrible. El par-

tido liberal veía á lo léjos y encontraba ya la figura de la paz y de la felicidad nacional: los ojos de los partidos son como los de los hombres, ven que á lo léjos se confunde el cielo con la tierra. Había visto en nuestras revoluciones anteriores influencias personales decisivas, y veía limpia de ellas á la revolucion actual. Había habido ántes de esta época amnistías, transacciones, arreglos de persona á persona: nada de esto era posible en las ideas, porque las ideas no tienen corazon.

La revolucion continuaba. Aquella rueda torpe que no podía salir de un punto, que apenas podía moverse al derredor de un eje, era una rueda de fuego que se abría paso por todas partes, destruía obstáculos pulverizándolos: era la rueda del carro del dios Jagrenatt que pasaba por sobre cadáveres, que pasaba aplastando hombres y familias enteras. La rueda de la revolucion aplastó así ejércitos y cañones; crímenes de sus adversarios y errores suyos que se oponían á ella, y reputaciones ajenas y propias que pretendían modificarla y que iban á destruirla. La fuerza era una fuerza sobrehumana, era la atraccion de las ideas á las ideas, como la hay de los astros á los astros, y que determina y decide de lo que puede llamarse las estaciones de la humanidad.

Para aquella revolucion, pues, el movimiento era la vida, la inaccion hubiera sido la muerte. No había fuerza para detenerla; y si la hubiera habido, la revolucion se habria despedazado; pero se habria despedazado la nacionalidad mexicana. Suponed una fuerza capaz de detener el movimiento de la tierra: ¿cuáles serian sus efectos? Serian peores todavía los de la revolucion detenida. Suponed que se detiene el rayo, y entónces el incendio instantáneo que produce llegará á ser perpétuo.

#### IV.

Así, pues, toda transaccion era imposible en el orden moral y en el político; y no podían producirla ni los sucesos extraordinarios de la revolucion ni sus diversas fases. Cuando una derrota venía á disminuir, no las probabilidades de un triunfo, sino de un triunfo próximo; cuando un nuevo crimen venía á hacer más terrible á la reaccion; cuando un contrato ruinoso, que cambiara despues las hojas de papel en hojas de oro, venía á proporcionarles recursos para una nueva campaña, ya había del lado de la revolucion nuevos soldados, nuevas armas, nuevos

elementos. Parece que la revolucion volvía á armar los cadáveres de los que sucumbían por ella, sacaba hombres de debajo de la tierra, y parece que sembraba la sangre para que produjera más sangre. No pocas veces el dia mismo de una victoria, el tiroteo de una guerrilla, venía á despertar á los vencedores, como para anunciarles la proximidad de otro combate.

En este extremo, volvemos á decirlo, toda transaccion era imposible. Para lograrla, hubiera sido necesario encadenar al país; y en esta época ya no hay cadenas para las naciones. De suerte que las conferencias de la Estancia y de la estacion del camino de fierro de Veracruz; la mediacion del capitán Aldham y del cónsul frances; las negociaciones del ministro inglés y del embajador español, y por último, el plan concebido por el general Degollado, nada produjeron sino la certidumbre de que no era la época de negociar sino de combatir. Además, á los principios constitucionales que sostenía el gobierno constitucional, se unieron los reformistas que sostenía la revolucion; entre la reaccion y los primeros, el avenimiento era fácil; entre la reaccion y los segundos era imposible. Efectivamente, aquel avenimiento estaba conseguido desde la capitulacion de Puebla y la derrota de las fuerzas reaccionarias en la Magdalena; aquella capitulacion no había sido con el gobierno, sino con la opinion y con el país. Todas las demas tentativas de la reaccion fueron estériles, y sólo sirvieron para probar su debilidad: lo mismo la de San Luis Potosí, que la del Estado de Veracruz; lo mismo la de la Sierra de Xichú, que la del Sur de México.

Es cierto que aquella guerra era una guerra al menudeo, una guerra de todos los dias; pero sólo en ella la reaccion pudo recibir, no impasible, pero sí impotente, las leyes de desafuero, de obvenciones parroquiales y de desamortizacion. Al gozo de los amigos del progreso por aquellas leyes de adelanto, se unieron las protestas de sus enemigos, y á los aplausos del partido liberal progresista, se mezclaron, no los silbidos de la reaccion, sino los silbidos de sus balas. Es cierto que el gobierno del general Comonfort tenía que tener la espada desnuda y que levantarla cuando levantaba la voz; pero la levantaba para amenazar y no para herir, porque la reaccion, despues de sus derrotas, no tenía probabilidades de triunfo. Acudia, sí, á la rebelion, porque la rebelion es su ar-

gumento; pero aquella reaccion tan audaz y tan ofensiva por carácter, apenas podía oponer al gobierno en la guerra política, protestas, en lo material retiradas. En una y en otra perdía las mejores situaciones, y retrocedía siempre sin empeñar un combate formal. Varias veces abandonó á sus principales jefes en manos del gobierno, y sus proyectos en manos del destino, no conservando sino sus esperanzas.

De suerte que el gobierno del general Comonfort debía haber sido puramente un gobierno de vivac, y la nacion no exigía de él sino que avanzara á su frente con una espada desenvainada, como se avanza al frente de un ejército, aun cuando este ejército esté triunfante.

El país comprendió bien aquella situacion. Por eso el voto para la presidencia constitucional fué casi unánime en favor del general Comonfort. Se quería que el nuevo gobierno tuviera el brillo de acero del prestigio militar de aquel jefe; y se quería marchar con él, de la Constitucion á la Reforma, como se había marchado de la dictadura á la Constitucion. Su tarea era bien sencilla: era una marcha de frente á paso de camino; era una política de consecuencia y de induccion, del desafuero á la desamortizacion, á la nacionalizacion, á la tolerancia. Pero el gobierno del general Comonfort no comprendió aquella situacion ó temió afrontarla. El terreno de la reforma era para él desconocido, y temió que en ese terreno, la reaccion, al ver atacadas las que llamaba sus creencias religiosas, improvisara soldados y organizará resistencias, como los había improvisado y las había organizado al ver atacadas sus costumbres. Temió afrontar aquella empresa grandiosa, porque le parecía que iban á brotar por todas partes llamas que consumirían al país y á su gobierno. El general Comonfort no se atrevió á avanzar, á pesar de tener por guía á la libertad, por consejero la opinion pública, por recompensa la gloria. Retrocedió; y á pesar de sus juramentos y de sus promesas, retiró su espada que contenía la de la reaccion; y ésta, detenida hacia dos años, cayó con toda su fuerza amenazándole, amenazando las leyes y amenazando al país. Aquella fué una verdadera sorpresa; y el general Comonfort estaba con el país, sin saberlo, en una emboscada de sus enemigos. La guerra política tiene tambien sus estrategias y sus golpes de mano, que son como en la guerra material, mucho más eficaces que las grandes batallas. El general Comonfort retrocedió, y no se conside-

ró sin fuerza para resistir en el campo constitucional, sino que siguió su movimiento retrógrado hasta los rigurosos cuarteles de la dictadura. Pero abandonó en su retirada elementos políticos y materiales, que quedaron dispersos ó fueron presa de la reaccion; y él no llevó tras sí sino un prestigio personal, escolta pequeña y que temblaba al oír las dianas de sus enemigos, ó los tiros sin bala con que celebraban su victoria. Además, la reaccion se presentaba con el prestigio y la fuerza de una causa cualquiera, que al fin hace retroceder á la que la combate. Si se quiere, era el prestigio de la ráfaga de viento que logró deshacer una nube; pero de todos modos, aquella era una situacion de triunfo, de que la reaccion iba á aprovecharse. Aquella transaccion entre la reaccion y los principios constitucionales, había sido entre la victoria y la derrota: ahora debía ser entre la fuerza y la fuerza, y la única transaccion es el combate.

Por consiguiente, en la revolucion, buscar el avenimiento era buscar la muerte. Y aquel abrazo de los dos principios opuestos, si hubiera sido dable conseguirlo, no hubiera sido sino la lucha íntima y á brazo partido, hasta que uno de ellos hubiera vomitado toda su sangre.

#### V.

La reaccion no perdió entónces un momento. Reclutó soldados, decretó impuestos, buscó armas, y á los pocos dias de su triunfo en México, hizo salir de la capital un cuerpo de tropas al mando de sus primeros jefes. El ejército de la coalicion se hallaba campado en diversos puntos, desde el llano del Cazadero; y todos creían que una batalla trabada en alguno de esos puntos, daría el triunfo á los soldados regulares del gobierno, contra los bisoños soldados reaccionarios. No fué así por desgracia. En la batalla de Salamanca el triunfo fué de la reaccion. Siguió la capitulacion de Ronita, siguieron los convenios de Guadalajara y siguió despues la guerra de tres años.

Durante ella, la política de la reaccion fué siempre la misma; la del asedio, la de la sorpresa, la de las marchas forzadas; su organizacion siempre, la del gobierno militar y del estado de sitio, su fuente de recursos la esaccion; sus agentes, la fuerza y la arbitrariedad. Así es que para crear ejércitos, había leyes y reclutamientos forzados; para crear recursos, había contribuciones y contratos, como el contrato Jec-